

# Las creencias mÃ©dicas o de cÃ³mo el futuro que imaginÃ© no fue tan terrible, despuÃ©s de todo

Teresa GonzÃ¡lez Arce (Guadalajara, 1971). Autora de DÃ­as hÃ¡biles (Universidad Nacional AutÃ³noma de MÃ©xico, 2012). para Luis,  
Ã Ã Ã Ã en todas nuestras vidas

Si me preguntaran por quÃ© voy al mÃ©dico pese a las malas experiencias que he tenido, probablemente dirÃ­a que pedir consejo a alguien que ha estudiado de manera seria las formas de prevenir, tratar y curar una enfermedad no me parece una mala idea. ConfesarÃ­a tambiÃ©n que soy lo bastante ingenua para seguir creyendo que un buen especialista podrÃ­a conseguir que mi vida, ya libre de dolencias, mejore.

Ã Ã Ã Ã Hay que decir que en MÃ©xico, al menos donde yo vivo, el acto aparentemente simple de tomar el telÃ©fono para concertar una cita con un profesional requiere una tremenda concentraciÃ³n de voluntad. No es fÃ¡cil elegir un doctor: una vÃ­a a fÃ¡cil y mÃ¡s o menos prÃ¡ctica es dejarse guiar por un mÃ©dico de confianza, por un internista, o bien por otro paciente que pueda dar testimonio de sus competencias profesionales y humanas. Otra opciÃ³n es dejarse llevar por ese orÃ¡culo de la vida cotidiana que es el buscador de Google y lanzar preguntas al espacio cibernÃ©tico en busca de orientaciones verosÃ­miles sobre la afecciÃ³n que nos aqueja.

Ã Ã Ã Ã Pero los esfuerzos que necesita quien insiste en recuperar la salud no se agotan en la bÃ©squeda de un buen especialista. Antes de llegar a ese punto habrÃ¡ que sortear una infinidad de obstÃ¡culos, que van desde la dificultad para aceptar que uno tiene un problema de salud, grande o pequeÃ±o, hasta la desidia que, con mucha frecuencia, se asocia con el miedo irracional a escuchar noticias funestas. Otro escollo puede ser el costo generalmente desproporcionado de las consultas mÃ©dicas y de todo lo que conllevan: medicamentos, exÃ¡menes de laboratorio y tiempo gastado en salas de espera.

Ã Ã Ã Ã Es fÃ¡cil entender a quienes desde un principio se niegan a seguir la ruta indicada por la llamada Ã«medicina occidentalÃ» y se aventuran por los atajos de las prÃ¡cticas alternativas: homeopatÃ­a, herbolaria, acupuntura, biomagnetismo, orinoterapia, terapia regenerativa con plasma rico en plaquetas... Las opciones son infinitas, pero todas pueden suscitar en los pacientes una fe tan poderosa o mÃ¡s que los fundamentos de cada una de ellas.

Ã Ã Ã Ã MÃ¡s complicado es aceptar que entre los mÃ©dicos convencionales, practicantes de una medicina occidental moldeada por la IlustraciÃ³n y por el positivismo, aparezcan de vez en cuando algunos doctores tocados por un fervor religioso exacerbado, cuando no por espiritualidades tÃ­picamente new age. No me parece extraÃ±o que los mÃ©dicos alÃ¡patas alternen o combinen sus saberes, como un intento de ensanchar sus horizontes curativos. Muchas veces me han recomendado homeÃ³patas o acupunturistas que, a juicio de sus pacientes, no son charlatanes porque Ã«tambiÃ©n son mÃ©dicos-mÃ©dicosÃ», es decir, practicantes de la medicina de bata blanca. Ese detalle, al parecer, tiene la virtud de tranquilizar a la gente que acude a verlos, pues funciona como una garantÃ­a adicional: en caso de que falle una de las dos prÃ¡cticas, el mÃ©dico siempre podrÃ¡ sacarse un as de la manga.

Ã Ã Ã Ã Dos de los muchos mÃ©dicos que, en calidad de paciente, vi el aÃ±o pasado, me sorprendieron por la franqueza con la que me hablaron de sus creencias. El primero de ellos, un infectÃ³logo a quien consultÃ© como parte de un tratamiento neurolÃ³gico bastante delicado, estuvo atendiÃ©ndome con mucho profesionalismo hasta que, despuÃ©s de algunos meses bajo tratamiento, me preguntÃ³ si mi neurÃ³logo ya tenÃ­a un diagnÃ³stico firme sobre mi enfermedad. Como en ese momento no habÃ­a ninguna certeza, pero sÃ­ algunas hipÃ³tesis bastante terrorÃ­ficas, en vez de responder a su pregunta comencÃ© a llorar. Mi reacciÃ³n conmoviÃ³ al mÃ©dico, quien empezÃ³ a hablarme de su creencia en los milagros.

Ã Ã Ã Ã Me hubiera gustado que la conversaciÃ³n terminara ahÃ­ y que no abundara en el tema. La verdad es que en el fondo de mi alma yo tambiÃ©n creo âo quiero creerâ en los milagros, pero no en los prodigios que Ãl comenzÃ³ a describir. En su caso, le interesan los milagros eucarÃ­sticos que consisten, por ejemplo, en imÃ¡genes religiosas que sangran o en hostias convertidas en pÃ©talos. Me contÃ³ que frecuenta en internet a un psicÃ³logo sudamericano que alguna vez fue ateo, pero que se convirtiÃ³ cuando un sacerdote le devolviÃ³ la vista tras una ceguera repentina. Desde entonces da conferencias sobre el tema, y el infectÃ³logo que me contÃ³ su historia lo sigue en YouTube porque se niega a aceptar que su hija de dieciocho aÃ±os Ã«le haya salido ateaÃ», pese a que tanto Ãl como su esposa son intensamente religiosos y rezan el rosario cada noche.

Ã Ã Ã Ã Inmediatamente quiso mostrarme en su computadora el poder de ese mensaje, asÃ­ como la excelencia oratoria del expsicÃ³logo, pero, al advertir que yo no compartÃ­a su emociÃ³n, se disculpÃ³ por haberme hablado de esas cosas. Ãl sÃ³lo querÃ­a, me dijo antes de despedirse de mÃ­, que me curara Ã«sin hacer esfuerzosÃ». SalÃ­ del consultorio muy conmovida por la intenciÃ³n del doctor, pero me hice muchas preguntas sobre la compatibilidad del pensamiento cientÃ­fico que atribuyo a los mÃ©dicos y la tendencia que tienen a apostarle a la religiÃ³n.

Ã Ã Ã Ã Meses despuÃ©s visitÃ© a un dermatÃ³logo a quien veo dos veces al aÃ±o. Debo decir que, al igual que el infectÃ³logo, este mÃ©dico nunca renunciÃ³ a prescribirme medicamentos ni a recomendarme las rutinas profilÃ¡cticas que venÃ­an al caso. Hablamos durante algunos minutos de mi profesiÃ³n y de su aficiÃ³n por la literatura. Me dijo que hacÃ­a mucho que no leÃ­a obras de ficciÃ³n, no porque no tuviera tiempo de hacerlo âcomo yo creÃ­ al principioâ sino porque hacÃ­a algunos aÃ±os habÃ­a leÃ­do un libro que le cambiÃ³ la vida. Al parecer, algo vio en mi rostro fatigado por las horas previas de espera, pues se sintiÃ³ invitado a hablarme de ese libro y de sus creencias. AfirmÃ³ que de cincuenta pacientes que veÃ­a a cada dÃ­a, sÃ³lo hablaba de esas cosas con muy pocos (incluso aventurÃ³ una cifra: el uno por ciento, que, si mis matemÃ¡ticas no fallan, equivale a medio paciente).

Ã Ã Ã Ã DespuÃ©s de mostrarme en su computadora las portadas de los libros escritos por ese autor norteamericano y de explicarme cuÃ¡les eran los temas que abordaba âbÃ¡sicamente, la reencarnaciÃ³n y la iniciaciÃ³n por medio del perdÃ³nâ,

buscÃ³ en su telÃ©fono la foto de una niÃ±a reciÃ©n nacida cuyo gesto parecÃ­a ser el resultado de una gran decepciÃ³n y de un hastÃ­o inconmensurable. La foto no explicaba el origen de esa expresiÃ³n, pero, en su afÃ©n didÃ¡ctico, el doctor la usaba para ilustrar el cansancio que un ser podÃ­a sentir al darse cuenta de que su destino ineludible serÃ­a volver a pasar por todas las mentiras, ilusiones y patraÃ±as por las que ya habÃ­a pasado en sus vidas anteriores.

Ã Ã Ã Ã Ã Como la niÃ±a de la imagen no habÃ­a tenido la suerte de los «maestros ascendidos», suponÃ­a el mÃ©dico, n le habÃ­a revelado los milagrosos poderes del perdÃ³n, y no sabÃ­a cÃ³mo podÃ­a regresar a la «fuente» para romper con ello el cÃ­rculo de reencarnaciones. SalÃ­ de ahÃ­ bastante cansada, un poco divertida y preguntÃ¡ndome cÃ³mo podÃ­a ser que un mÃ©dico exitoso, joven y con tantos conocimientos como Ãl, despreciara tanto la vida al punto de considerarla un castigo interminable.

Ã Ã Ã Ã Ã Hoy, cuando han pasado varios meses desde aquellas citas, ya no pienso tanto en el choque entre mi creencia en la infalibilidad cientÃ­fica de los mÃ©dicos y los testimonios de fe que me fueron otorgados por cada uno de ellos (aunque tal vez deberÃ­a seguir reflexionando en ese asunto, puesto que he advertido que mi confianza en el espÃ­ritu cientÃ­fico no era muy diferente a la fe). En lo que sÃ­ he pensado, en cambio, es en el significado que esos relatos han tenido para mÃ­. En aquellos dÃ­as yo pasaba por una etapa de miedo profundo ante un futuro que me parecÃ­a incierto algunas veces, y aciago casi siempre.

Ã Ã Ã Ã Ã Tal vez la confesiÃ³n mÃ¡s sincera que pude hacerle a una persona no inmediatamente cercana a mÃ­ en aquella Ã©poca fue mi llanto en la consulta del infectiÃ³logo. Y debo decir ahora que, pese a la incomodidad escÃ©ptica que me causÃ³ el tema de los milagros, creo que las palabras con las que el mÃ©dico se despidiÃ³ de mÃ­ terminaron siendo un regalo inesperado que me inspirÃ³ un genuino sentimiento de paz al salir del consultorio. Desde el futuro que tanto temÃ­ aquellos dÃ­as, valoro ese buen deseo como un vaticinio que fue casi como la anticipaciÃ³n de un milagro: el futuro no resultÃ³ ser tan terrible como yo lo imaginaba entonces.

Ã Ã Ã Ã Ã Desde este presente en que se convirtiÃ³ el futuro que antes imaginÃ©, puedo decir tambiÃ©n que, a diferencia del dermatÃ³logo, a mÃ­ no me molestarÃ­a volver a recorrer los instantes, los dÃ­as y los meses de mi vida. Porque, aun estando enferma, muchas veces he experimentado esa sensaciÃ³n de plenitud que la poesÃ­a expresa tan bien, y que se verifica en la contemplaciÃ³n de las cosas simples y hermosas. Un ejemplo de eso es lo que ocurre en ese poema de Anna AjmÃ¡tova que es en realidad una plegaria al rayo de luz que irrumpe al caer la tarde:

En mi aguamanil

Ã Ã Ã Ã Ã el cobre ha enmohecido  
Ã Ã Ã Ã Ã y el rayo juega con Ãl.  
Ã Ã Ã Ã Ã ¡QuÃ© alegre es verlo!

Tan inocente y sencillo

Ã Ã Ã Ã Ã en el silencio nocturno,  
Ã Ã Ã Ã Ã en esta casa vacÃ­a  
Ã Ã Ã Ã Ã Ã es una fiesta Ã¡jrea  
Ã Ã Ã Ã Ã y un consuelo para mÃ­.

Esa alegrÃ­a sucede tambiÃ©n cuando, en medio de la cotidianidad con el ser amado, quisieras que los dÃ­as que estÃ¡s viviendo no llegaran a su fin. Como en la canciÃ³n «Days Arenâ€™t Long Enough», del cantante norteamericano Steve Earle, donde quien canta dice que los aÃ±os se suceden uno tras otro, la Tierra da otra vuelta alrededor del Sol y caen mil lÃ¡grimas cada vez, pero que nunca se le ocurrirÃ­a contar aÃ±os y lÃ¡grimas porque estÃ¡ rodeado de amor, y los dÃ­as nunca son lo suficientemente largos:

Another year has come and gone

Ã Ã Ã Ã Ã Another circle around the sun  
Ã Ã Ã Ã Ã Another thousand tears have fallen  
Ã Ã Ã Ã Ã I donâ€™t ever count them because  
Ã Ã Ã Ã Ã Iâ€™m surrounded by your love  
Ã Ã Ã Ã Ã And days are never long enough

Entre esas repeticiones diarias, que yo no suelo contar pero que cada vez que ocurren confÃ­o en que van a seguir ocurriendo en dÃ­as futuros, estÃ¡ ese instante previo al sueÃ±o que siempre me parece como encontrar mi verdadero lugar en el mundo. Digo «verdadero» porque siento que ese pequeÃ±o rincÃ³n del universo fue creado especialmente para mÃ­. Hace casi un siglo, la poeta rusa Marina TzvetÃ¡jeva describiÃ³ esa experiencia Ã­ntima tal como yo la he vivido:

Un nido me procuro. Tibio

Ã Ã Ã Ã Ã es el costado â€”me acurruco.  
Ã Ã Ã Ã Ã Ni antes ni despuÃ©s:  
Ã Ã Ã Ã Ã el lugar de una chispa.

Ni manos ni pies, mis huesos

Ã Ã Ã Ã Ã lo confirman: sÃ³lo en tu costado  
Ã Ã Ã Ã Ã cobra mi costado

---

Â Â Â Â Â vida.

DespuÃ©s de recordar los meses en que estuve enferma y de valorar ese buen deseo que recibÃ- de uno de mis mÃ©dicos, siento que deberÃ-a hacer por otros lo que alguien mÃ¡s hizo por mÃ- y desear con todas mis fuerzas que al otro doctor, el que siente tanto miedo al imaginar un futuro en el que su existencia se repetirÃ eternamente, le sea concedido disfrutar cada instante de su vida, o al menos unos cuantos minutos de ella. Â¿SerÃ; esto lo que deberÃ-a hacer todo el que viva un milagro? Espero que sÃ-.